

26  
+  
O D A

E N E L O G I O

DE LA MARINA ESPAÑOLA,

P O R

DOÑA MARÍA ROSA DE GALVEZ.

---

M A D R I D

E N L A I M P R E N T A D E R E P U L L É S .

1806.

---

**E**n tanto que del Sur embravecido  
anuncia la tormenta  
el soplo agitador, ronco estallido  
lanza el cañon, señal de luto y muerte,  
señal terrible de futura gloria,  
debida á los valientes campeones  
que del honor de España  
fixan la ilustre suerte  
con una y otra inimitable hazaña.

No la ambicion, no el bárbaro deseo  
de alimentar la guerra  
hace que pueblen con armadas naves  
la anchurosa extension del Océano;  
mas sí el heroico empleo  
de vengar á la Patria, al Soberano,  
y elevar á la paz puros altares,  
que de Europa Albion audaz destierra  
por usurpar el Cetro de los mares.

Nunca con mas furor naval combate  
horrendo se trabó: ni el denso caos  
de ennegrecida niebla, ni el sílvido

\*

del viento pavoroso,  
ni el tropel de las ondas borrascoso  
pudo arredrar los héroes: ya tendido  
el pabellon Hispano  
vaga á merced del ayre, y sus Leones  
en tan gloriosa empresa  
vuelan á par del águila Francesa.

Forman las naves prolongada línea  
presentando erizados  
de hierro, bronce y fuego sus costados:  
la osada intrepidez, la confianza,  
la firmeza, el honor y el heroísmo  
inflaman igualmente en tal instante  
al marinero, al noble Comandante;  
y sobre los alcázares movibles  
los valientes guerreros  
desnudan las espadas invencibles,  
y el fusil montan; que en la atroz matanza  
muerte imprevista al enemigo lanza.

Desde la excelsa popa de su nave  
Nelson contempla ayrado  
lo que anhela vencer; de los baxeles  
ve el rumbo combinado,  
que al combate atrevido se adelanta;  
y mal seguro de su antigua gloria  
iza al tope mayor de la Victoria (1)  
señal de acometer por divisiones;  
pero con furia tanta,  
que pueda en la enemiga arboladura  
sus jarcias enlazar: de sus pendones  
siguen la muda voz los fuertes leños,  
y por la niebla obscura  
rompe á su frente la feroz discordia

con su funesta antorcha, iluminando  
el odio que á las naves va guiando.

Qual suelen al embate repetido  
de horrible terremoto  
luchar unas con otras las montañas,  
lanzando el encendido  
azufre de sus cóncavas entrañas,  
así al trabarse la naval pelea  
se acometen, se estrellan, se destrozan  
las embreadas moles,  
se incendian y aniquilan,  
del cañon arrojando el rayo ardiente:  
Nelson audaz desea  
romper la fuerte línea; pero en vano  
una vez y otra con furor se avanza  
por donde lidia un campeon hispano:  
entónces su venganza  
á par del triunfo asegurar procura,  
aspirando á la gloria  
de rendir nuestra Real (2) á su Victoria.

Furioso manda que torcidos cabos  
arrojen de su nave á la Española,  
como á segura presa  
que teme le arrebate el mar ó el viento,  
mas invencible, y sola  
ve cien brazos tender de sus costados,  
que asiendo en un momento  
los cabos embreados,  
de las ondas cortando la distancia,  
muerte ó victoria grita su constancia.

Vacila Nelson al mirar el brio  
que se ostenta en los pechos Españoles,  
y el naval desafio

teme que afrente su adquirido lauro;  
auxílios pide, y sus veloces naves  
vuelan en su socorro,  
la enemiga rodean,  
y por rendirla con furor pelean.

No de otra suerte del ardiente abismo  
del etna pavoroso  
saltan globos de fuego en humo envueltos,  
como en el choque bárbaro espantoso,  
al horrendo estampido  
de la pólvora atroz vuelan mil muertes;  
en torbellinos densos  
el vapor inflamado al cielo sube,  
y sin cesar, de tan funesta nube  
ilumina el cañon el centro obscuro:  
arder se ven en rabia confundidos,  
y regados con sangre los baxeles,  
mientras cien voces, fuego repitiendo,  
doblan el triste y el marcial estruendo.

Entre el estrago fia en su ventaja  
Nelson del triunfo la dudosa suerte;  
abierto y destrozado  
vió al español baxel; y alborozado,  
victoria fué á decir, quando la muerte  
llegando enfurecida,  
le arrancó la palabra con la vida.

Yace cadáver el feroz Britano;  
y ¡oh, siempre á tanta costa sus laureles  
compre Albion! ¡oh, siempre sus baxeles  
se abismen, como el fiero Soberano (3),  
del Príncipe de Asturias combatido,  
fué en el mar turbulento sumergido,  
sepultando en su seno el vil tesoro (4)

que de la Europa entera  
compró la destruccion... Mas, Musa, vuelve  
á celebrar las ínclitas acciones  
de la naval batalla,  
mira donde tremolan los pendones  
del Águila francesa arderse el viento,  
y el mar herbir en rayos centellantes;  
qual de preñadas nubes fulminantes  
baxa inmenso granizo despeñado,  
del relámpago y trueno acompañado.

Canta el caudillo, que miró rendirse (5)  
el pabellon Britano á su denuedo,  
que al sentir á sus plantas desplomarse  
el vacilante alcázar destruido,  
donde lidiar no tuvo,  
y á la suerte cedió sin ser vencido.

Impavidos en tanto por do quiera  
sus fuertes compañeros  
combaten con teson: qual, olvidado  
de la profunda herida que recibe,  
pelea hasta espirar; qual, denodado  
sobre el cadáver yerto de su amigo,  
al cañon enemigo  
sirve de bláncó, salpicado en sangre;  
otro, privado de los fuertes brazos  
por bala destructora,  
presta á los artilleros diligentes  
la pavorosa mecha con los dientes;  
y otro, que informe tronco  
yace tendido al pie de la cureña,  
previniendo la seña:  
que hacen para alejarlo, ansioso exclama:  
"Dexadme, compañeros,

dexadme aquí espirar... ¡ vano socorro!  
 yo no puedo vivir; pero contento  
 puedo junto al cañon mi último aliento  
 exhalar, provocando vuestro brio:  
 mi sangre por venganza  
 clama; vedla correr; bañad en ella  
 vuestros heroicos brazos,  
 y en menudos pedazos  
 prueben la misma suerte  
 los que me dan tan horrorosa muerte.”

Dixo; y en los raudales de sus venas  
 empapando feroz la mano helada,  
 con ella mancha á sus amigos todos,  
 y “mueraa”, grita; y espiró: responden  
 á su postrer suspiro  
 sus compañeros, redoblando el fuego;  
 y su espíritu luego  
 de los mortales lazos desatado,  
 vuela al augusto templo  
 de la inmortalidad, acompañado  
 de ilustres sombras, que de sangre tintas,  
 y ornada de laurel la frente yerta  
 abren gozosas la celeste puerta.

¡ Eterna gloria á vuestro heroico brio  
 las cítaras de Iberia  
 hoy repiten al par del canto mio!  
 mas ¿quién de tantos héroes las hazañas  
 pudiera numerar? lleva sus nombres  
 la fama por el ámbito del mundo,  
 y exemplo sin segundo  
 dexáron con su muerte á los valientes  
 que su esfuerzo imitando  
 siguiéron invencibles peleando.

Viose cubierto el campo cristalino  
 de naves destrozadas,  
 que en el inmenso espacio  
 se hundiéron de las ondas encrespadas;  
 y en el sacro Palacio  
 de Neptuno estrellándose, á sus ojos  
 acinados cadáveres presentan,  
 que la mansion purísima ensangrientan.

Ayrado el Dios la coronada frente  
 alza, en ella pintando sus enojos;  
 dexa el trono de nácar, y el tridente  
 poderoso blandiendo,  
 con ronca voz que el belicoso estruendo  
 pudiera ensordecer, dice: “¿hasta cuándo  
 será que en sus furores los mortales  
 turben la paz de mi feliz morada?  
 ¿No basta á su ambicion llenar la tierra  
 de llanto y exterminio,  
 sin que tambien los plácidos cristales  
 sirvan de campo bárbaro á su rabia?  
 Ondas, que de mi imperio vagaroso  
 formais la monarquía,  
 sepultad implacables este día  
 los que insultando mi poder pelean,  
 y aun tiempo todos sumergidos sean.”

Dixo; y á su voz dócil, encumbrados  
 montes de espuma el mar alzó rugiendo;  
 sobre ellos á las nubes se levantan  
 las naves combatientes;  
 y su rencor las olas dividiendo  
 enfurécidas saltan,  
 con horrendos vaivenes arrastrando  
 los rotos leños de uno y otro vando.

Suena el clamor , la oscuridad se aumenta,  
 desencadena el uracan Eólo,  
 y el marinero en vano en la tormenta  
 busca la estrella del helado polo;  
 muerte y muerte no mas por todas partes  
 los peñascos, el viento , el mar , el cielo  
 le presentan sañudos;  
 y á tanto horror como en su daño crece  
 él se abandona, y sin temblar perece.

Neptuno de su carro aljofarado  
 aguija los marítimos dragones,  
 y vuela en medio del terror ; su saña  
 vuelve la ayrada vista  
 á la desierta arena, que el mar baña;  
 mas ¡ ay ! que entónces su feroz enojo  
 mil veces detestó : ¡ cuántos caudillos,  
 espanto de Albion, gloria de España,  
 vió de sus iras mísero despojo !  
 ¡ y cuánto le destroza el fiero pecho  
 escuchar en el muro Gaditano  
 el doliente clamor !... Ya sin ventura  
 la dosolada madre busca en vano  
 en la orilla el cadáver de su hijo;  
 teme la tierna amante  
 la suerte de su amado , y calla y gime:  
 mas la esposa infeliz desesperada  
 va por la playa errante,  
 y en uno y otro pálido semblante  
 hallar pretende á quien su pecho adora,  
 y al fin entre sus brazos lo recibe,  
 moribundo lo estrecha, y dice... "aun vive."  
 Pero ¡ cuán generosos el socorro  
 prodigáron los pechos españoles

igualmente al contrario y al amigo !  
 La deidad de los mares , que testigo  
 fué de su compasion , y sus hazañas,  
 así exclamó: "mi cetro será vuestro,  
 heróicas almas del consuelo dignas  
 con que el Monarca Hispano,  
 y el Héroe de la Paz al valor premian;  
 dignas de la nacion que tantas veces  
 en mi campo argentado  
 tremoló su estandarte laureado;  
 y nunca podrá el tiempo de la gloria  
 privaros, esforzados campeones,  
 que eterna la memoria  
 será de vuestras ínclitas acciones."

"Y vosotras, ó Ninfas de la Esperia,  
 verde laurel, y vencedora palma  
 prevenid á los héroes valerosos,  
 honor del suelo Hispano; y quando llegue  
 jóven amante, vuestro amor buscando,  
 decidle, señalando  
 estos mares: = Allí los defensores  
 de la patria de gloria se cubrieron;  
 imitad su valor, y si algun día  
 vuestro nombre celebra á par del suyo  
 la voladora Fama,  
 del Mirto ceñireis la hermosa rama."

1. un arroyo sobre el monumento inglés, que montaba Napoleón.
  2. un arroyo sobre el monumento llamado la Real de España.
  3. un arroyo sobre el monumento que por el Principe de Asturias, Guadalupe Guzmán.
  4. un arroyo sobre el monumento que vendrá á fondo el soberano.
  5. un arroyo sobre el monumento que antes de hundirse el alcazar de su madre.
- Los arroyos benéficos no se les ve por puente.

*colegium...*

ELOGIO

DEL EXCMO. SEÑOR

DON FEDERICO GRAVINA,  
CAPITAN GENERAL DE LA REAL  
ARMADA, &c.

POR

DON JOSÉ MOR DE FUENTES.

MADRID

POR ESPILLÉS, frente a la Merced

1835